

Las elecciones del 12 de marzo: ¿una nueva etapa en la democracia española?

YOLANDA MEYENBERG*

DAVID HERNÁNDEZ CARROCHANO**

Resumen: El 12 de marzo del 2000 el Partido Popular mantuvo el gobierno con un porcentaje de apoyo electoral que superaba con mucho todas las expectativas reflejadas en las encuestas previas al proceso. La pregunta que se hacen los autores es si el hecho, por sí mismo, es indicio de una nueva etapa en la democracia española o si se debe tomarse en cuenta una serie de elementos histórico-políticos para evaluar sus alcances. Al optar por lo segundo, elaboran una periodización del sistema de partidos en España resaltando los rasgos distintivos que han influido en su cambio; evalúan, también, las razones del triunfo de los populares en 1996 y ofrecen una prospectiva de los posibles problemas que puede enfrentar el nuevo gobierno y de sus repercusiones en términos de calidad de la democracia.

Abstract: On March 12, 2000, the Partido Popular was re-elected with a percentage of popular support that far exceeded the expectations raised by results of polls before the elections. The authors ask whether this fact is in itself an indication a new stage in Spanish democracy or whether a series of historical and political elements should be taken into account to evaluate its scope. Opting for the latter, they trace the development of the party system in Spain, highlighting the distinctive features that have influenced the changes in it. They also assess the reasons for the triumph of the Partido Popular in 1996 and offer a prospective of the possible problems that the new government may face and of their repercussions in terms of the quality of democracy.

Palabras clave: democracia, España, política, partidos, elecciones.

Key words: democracy, Spain, politics, parties, elections.

EL CÓMODO TRIUNFO DEL PARTIDO POPULAR (PP) EN LAS ELECCIONES generales del 12 de marzo de 2000 ha sido considerado por numerosos analistas como el inicio de una nueva etapa en la democracia española. Pese a que en 1996 los españoles habían optado por la alternancia en el gobierno, lo que permitió al PP ejercerlo durante cuatro años, los resultados del proceso electoral de 2000 marcan, en muchos sentidos, una gran distancia con los comicios de 1996.

Entonces dos factores apuntaban a la debilidad del nuevo partido en el poder: los nueve millones de votos obtenidos por el Partido Socialista Obrero Español (PSOE) —sólo 300 000 menos que el PP— que le permitían abandonar la Moncloa como una sólida fuerza de oposición; y los límites más que severos impuestos por la sociedad a la victoria de la derecha, que se veía obligada a establecer alianzas o a pactar con los partidos nacionalistas para gobernar de forma estable. En el año 2000, sin embargo, la

* Dirigir correspondencia a Instituto de Investigaciones Sociales, Circuito Mario de la Cueva s/n Ciudad Universitaria 04510, email:yml@.servidor.unam.mx, tel.: 562-27404, ext. 256, fax: 5622-7407.

**Dirigir correspondencia a Flacso, sede México, Camino al Ajusco km. 1.5, Col. Héroes de Padierna, tel.: 5631-7016. fax: 5631-6609. e-mail:dcarrochano@yahoo.com.

izquierda sufrió su crisis histórica más notable, puesto que el PSOE ha retrocedido a los índices de representación de los años setenta, al mismo tiempo que Izquierda Unida (IU) casi logró igualar su mínimo histórico de 1982; mientras tanto, el PP ha conseguido articular al conjunto de la derecha nacional y conquistar al voto de centro de manera que ha establecido algo inédito en los 23 años de elecciones en España: una mayoría absoluta de carácter conservador.

En este artículo se analizan las trayectorias internas de los partidos y su incidencia en la vida política democrática en España; las particularidades del sistema electoral y la evolución del voto en la última década, así como los escenarios que se abren al Partido Popular después de haber obtenido un contundente apoyo del electorado que se traduce en un porcentaje de 44.5% del total del voto, que significa 183 de los 350 escaños del Congreso de Diputados. La intención es elaborar un diagnóstico de las razones de su abrumador triunfo en las elecciones generales del 12 de marzo del 2000.

1. EVOLUCIÓN DEL SISTEMA DE PARTIDOS EN ESPAÑA (1977-1996)

El sistema de representación proporcional (RP) adoptado en España facilita la existencia de un modelo multipartidista en el que, como mínimo, han tenido presencia 10 partidos —o coaliciones— en el Congreso de Diputados.¹

CUADRO 1
NÚMERO DE PARTIDOS O COALICIONES REPRESENTADAS
EN EL CONGRESO DE DIPUTADOS² (1977-2000)

Año	1977	1979	1982	1986	1989	1993	1996	2000
Núm.	10	14	10	14	13	12	11	11

Cuadro de elaboración propia.

FUENTE: www.congreso.es/elecciones

¹ "Actualmente España es el país más poblado de Europa que aplica el sistema electoral RP. Esta nación se divide en 50 provincias que sirven como circunscripciones plurinominales para la elección de 350 miembros del Congreso de los Diputados. Los partidos participan en la distribución de curules con listas que se denominan bloqueadas, ya que los propios partidos establecen el orden en el que se asignarán las diputaciones [...]. El método de distribución de las curules en España se conoce como ley d'Hont [...]"; Leonardo Valdes, *Sistemas electorales y de partidos*, Cuadernos de Divulgación de la Cultura Democrática, núm. 7, IFE, México.

² Es necesario advertir que en todos los cuadros se consideran como un solo partido al PSOE y el Partido Socialista de Cataluña, al PCE y al Partido Socialista Unificado de Cataluña, a IU e Iniciativa por Cataluña, así como a todos los partidos regionalistas que se hayan coaligado con el PP. Exceptuando el cuadro núm. 9, donde IU e IC aparecen por separado, dada la ruptura entre ambas organizaciones.

El multipartidismo español se acentúa porque el espectro político no sólo se articula a partir de la posición ideológica de los partidos, sino también respecto a su ubicación territorial y demanda de autonomía local.

Esta particularidad hace que en el sistema de partidos español se pueda diferenciar entre organizaciones nacionales, nacionalistas y regionalistas.³ Todas ellas mantienen relaciones necesarias, sin embargo, esta clasificación habla de un sistema de partidos articulado a través de tres subsistemas relativamente autónomos (nacional, nacionalista y regionalista), en tanto que el nivel de representación de cada tendencia es apenas variable.

CUADRO 2

NÚMERO DE ESCAÑOS SEGÚN OPCIÓN TERRITORIAL (1977-2000)

<i>Año</i>	1977	1979	1982	1986	1989	1993	1996	2000
Nacionales	327	322	326	314	313	318	328	317
Nacionalistas	23	20	24	32	32	26	27	27
Regionalistas	0	8	0	4	5	6	5	6

Cuadro de elaboración propia.

FUENTE: www.congreso.es/elecciones

La representación de los partidos nacionalistas en la Cámara se establece a partir de un mínimo de 20 escaños y un máximo de 32; el primero en coincidencia con el proceso de formación de Convergencia i Unió (CIU) (1979) y el segundo en el periodo de dominación socialista (1986-1993).

El subsistema nacionalista depende de dos factores: la estabilidad que presente CIU, principal representante de esta tendencia junto con el Partido Nacionalista Vasco (PNV), y los periodos de baja competencia entre los partidos nacionales, los cuales favorecen a los nacionalistas en el número de escaños. En este sentido, la variabilidad del subsistema nacionalista se debe a tres factores: la presencia inestable de una serie de pequeños partidos de izquierda nacionalista (EE, EA, ERC),⁴ las fluctuaciones de Herri Batasuna vinculadas al fenómeno ETA, y el reciente crecimiento del Blo-

³ Los primeros defienden cierta idea de identidad nacional española y están articulados en todo el territorio; los segundos, se ubican en determinadas regiones, con el fin de priorizar su identidad particular frente a la española, o abiertamente reivindicar su independencia política frente al Estado español (este fenómeno se da en Cataluña, el País Vasco —incluida Navarra— y Galicia); las terceras están implantadas en diversas provincias y autonomías sobre las cuales establecen una diferenciación de intereses con respecto al conjunto nacional, lo que no implica ninguna reivindicación fundamental en cuanto a la distribución territorial del Estado (este fenómeno se ha dado con mayor intensidad en Galicia, Andalucía, Valencia, Canarias, Aragón, Navarra, provincia de León y provincia de Álava).

⁴ Las siglas corresponden a Euskadiko Ezquerria, Eusko Alkartasuna y Esquerria Republicana de Cataluña, respectivamente.

que Nacionalista Gallego (BNG). Sin embargo, el hecho de que desde 1982 la derecha nacionalista catalana y vasca conserven un número de escaños apenas variable y sustentado en una presencia estable entre sus respectivos electorados, muestra un subsistema con una autonomía tal que su evolución es indicativa, pero no determinante, de la que presenta el subsistema nacional.

Los partidos regionalistas han pasado de una situación de inestabilidad en la que dos elecciones sin representación estuvieron mediadas por la presencia de ocho escaños en 1979 —directamente relacionados con el nacimiento del Partido Andalucista (PA)—, a una de estabilidad debido a la cual, desde 1986, sólo han visto una variación de dos diputados.

De este modo, tampoco este subsistema es determinante para la evolución del número de escaños del sistema nacional, sin embargo, esta apreciación es totalmente diferente en lo que respecta al número de opciones políticas que han representado la tendencia. La reducción del número de partidos regionalistas que se presentan solos a las elecciones está íntimamente relacionada con la evolución electoral de la derecha en el plano nacional; así, desde 1993 la estabilidad de dicha tendencia depende de la capacidad de una sola agrupación —Coalición Canaria (CC)—⁵ de mantener una presencia de cuatro diputados, mientras que la fusión o eliminación de estas agrupaciones ha sido necesaria para el éxito del PP en el nivel nacional.

CUADRO 3

EVOLUCIÓN DE ESCAÑOS DEL PP COMPARADO CON NÚMERO DE PARTIDOS REGIONALISTAS DE DERECHA REPRESENTADOS EN LA CÁMARA DE MANERA INDEPENDIENTE (1977-2000)

Año	1977	1979	1982	1986	1989	1993	1996	2000
Escalaños PP	16	9	107	105	101	138	146	183
Partidos regionalistas	0	3	0	4	3	3	2	

Cuadro de elaboración propia.

FUENTE: www.congreso.es/elecciones

El regionalismo ha afectado al PP no tanto en el número de escaños que le pueda sumar, sino en todos los que le puede restar al fragmentar la tendencia de derecha entre el electorado de ciertas regiones. En consecuencia, el proceso de crecimiento del PP en los años noventa caminará en paralelo al número de opciones regionalistas que desaparecen, se fusionan o coaligan con el partido, aunque el número de escaños de esta tendencia siga siendo similar y no haga hablar de un subsistema relativamente autónomo.

⁵ La formación de Coalición Canaria corresponde a la unión de diversos líderes insulares que, pese a sus divergencias ideológicas, se articulan a partir de la defensa de los intereses económicos de las islas africanas frente al gobierno central y a la Unión Europea.

La relativa autonomía del nacionalismo y el regionalismo, así como la limitación territorial de sus circunscripciones, facilita que sean tan sólo las agrupaciones políticas nacionales las que, diferenciadas según su posición de derecha o de izquierda, se disputen la mayoría parlamentaria, y con ello la formación de gobierno. De manera que, a partir de ahora, se privilegiará el análisis de éstas.

Dentro de las agrupaciones políticas nacionales sólo dos son capaces de superar en cada elección la cuota de 100 diputados en la Cámara (Unión de Centro Democrático y PSOE o PP y PSOE) donde el Partido Comunista de España (PCE) resulta la organización que más cercana ha estado a esa cifra con 22 diputados en 1979. De este modo, el multipartidismo español gira en torno a una clara tendencia bipartidista (nacional) que, como nos mostrará su evolución, se ha visto acompañada por la construcción de una *situación* de partido predominante (1982-1993) que tiene la posibilidad de reproducirse a partir de la actual mayoría absoluta del partido en el gobierno.⁶

La evolución de este sistema está marcada por tres etapas dependiendo del partido que conformó el gobierno. En primer lugar, la de 1977 a 1982 con las primeras elecciones democráticas y los dos gobiernos de Unión de Centro Democrático (UCD); en segundo lugar, de 1982 a 1996 con el periodo de sucesivos gobiernos socialistas; y en tercer lugar o la etapa que se inaugura en 1996 con el primer gobierno del Partido Popular (PP), y que tiene visos de consolidarse tras su victoria con mayoría absoluta en 2000. En este apartado se analizarán las dos primeras etapas señaladas, en tanto que son necesarias para comprender la dinámica que actualmente caracteriza al sistema de partidos español.

La etapa transicional (1977-1982)

Esta etapa puede ser denominada como *transicional* en tanto que sus características más evidentes son las de haberse celebrado comicios justo antes (1977) y después (1979) de proclamada la Constitución de 1978 con el fin de: 1) redactar la Carta Magna bajo consenso de las élites partidarias más importantes, y 2) normalizar la vida democrática del país a partir de la instauración del nuevo régimen y su puesta en funcionamiento.⁷

La construcción del sistema de partidos estuvo marcada por las condiciones de la reforma política de 1977; una política de consenso que descansaba en la acertada lectura que la élite realizó de las predisposiciones del conjunto de la ciudadanía a la hora de afrontar el cambio de régimen, y la legitimidad con la que ésta dotó a su

⁶ Por partido predominante entendemos un tipo de sistema en el que, durante un periodo determinado de tiempo, una sola agrupación es capaz de conservar el poder con mayoría absoluta dentro de un sistema competitivo; Giovanni Sartori, *Partidos y sistemas de partidos*, Alianza, Madrid, 1994, pp. 245-256.

⁷ Los pasos y juegos interélites que dieron forma a este periodo pueden consultarse en Josep María Colomer, *La transición a la democracia: el modelo español*, Madrid. Anagrama, 1998.

clase política y el nuevo marco institucional.⁸ Esto permitió una constitución particular de los partidos dentro de una arena en la que comenzaba a practicarse la competencia y donde cohabitaban los representantes del antiguo régimen y las fuerzas de la oposición,⁹ con lo cual permitían que las diferentes tendencias que defendieron la vía aperturista de la transición adoptaran la nueva fisonomía partidista requerida por la democracia.

Las primeras elecciones en España arrojaron resultados en alguna medida sorprendentes. Esto fue así especialmente en lo que se refiere a la presencia del PCE y la Democracia Cristiana (DC) la cual resultó más baja de lo esperado.

Antes de la muerte de Franco se manejaba la hipótesis italiana para prever el sistema de partidos español, es decir, se pensaba en un sistema multipartidista articulado por el PCE y alguna agrupación demócrata cristiana como fuerzas mayoritarias. No en vano los comunistas lograron monopolizar la lucha antifranquista y eran la agrupación con más y mejores cuadros dentro y fuera del país, mientras que algunos núcleos de católicos se organizaron y manifestaron desde los años sesenta como democratizadores.¹⁰ Sin embargo, una vez muerto el general Franco se mantuvo el terror al comunismo, base de la socialización política de los españoles, y esto se refleja en el ámbito electoral; mientras que la Iglesia abandonó voluntariamente sus intenciones de construir una organización política filial, de manera que la democracia cristiana se diluyó a través de diferentes tendencias y organizaciones prácticamente sin presencia política.¹¹

El sistema de partidos en España, de entonces hasta la fecha, se ha articulado en torno al centro y no hacia dos polos divergentes, como hubiera podido resultar en el caso PCE-DC. La lectura era clara: el electorado exigía cambio con estabilidad y moderación, la fórmula que supieron representar tanto la UCD como el Partido Socialista Obrero Español (PSOE) sumando más de 60% de los votos.

En ambas elecciones resultó vencedora la UCD, una *coalición de coyuntura* que sirvió de respaldo electoral al presidente designado por el rey Juan Carlos, Adolfo Suárez. En la coalición cohabitaron multitud de familias de la derecha moderada, tanto franquista como opositora, que si bien aumentaron su representación en el periodo no fueron capaces de abrir un proceso de institucionalización suficiente como para desli-

⁸ Esto no quiere decir que la transición española se diera bajo una fuerte participación de la sociedad civil, sino precisamente destaca el grado de inmovilización diseñado desde la propia clase política como *lectora* del cambio; Víctor Pérez Díaz, *La emergencia de una España democrática. La "invención" de una tradición y la dudosa institucionalización de una democracia*, Working Paper, Instituto Juan March, Madrid, 1991.

⁹ Richard Gunther *et al.*, *Spain After Franco. The Making of a Competitive Party System*, University of California Press, 1988.

¹⁰ Nicolás Sartorius y Javier Alfaya, *La memoria insumisa sobre la dictadura de Franco*, Espasa, Madrid, 1999.

¹¹ La única excepción a este respecto sería Cataluña, con la presencia de Unió Democràtica de Catalunya (UDC), la cual conforma, junto con Convergència Democràtica de Catalunya, la Ciu.

CUADRO 4

PORCENTAJE DE VOTACIÓN Y NÚMERO DE ESCAÑOS OBTENIDOS
EN LAS ELECCIONES GENERALES DE 1977 Y 1979

<i>Partidos</i>	<i>1977</i>	<i>1979</i>	<i>1977</i>	<i>1979</i>
UCD	34.52	34.95	165	168
PSOE	29.20	30.50	118	122
PCE	9.37	10.66	20	22
AP	8.05	5.95	16	9
PSP	4.47	fusión con PSOE	6	fusión con PSOE
PNV	1.62	1.54	8	7
PDC	2.82	2.70 (CIU)	11	8
HB	—	0.96	—	3
UDC-CD	0.95	fusión en CIU	2	fusión en CIU
EC (ERC)	0.79	0.69	1	1
EE	0.34	0.48	1	1
CIC	0.37	—	2	—
UIN	—	2.07	—	1
UPC	—	0.33	—	1
PAR	—	0.21	—	1
UPN	—	0.16	—	1
PA	—	1.82	—	5

FUENTE: www.congreso.es/elecciones

garse de la figura de Suárez y la evaluación de su gobierno. Dichos aspectos incidirían en una profunda crisis en 1982 y en la posterior desaparición de la UCD del mapa político.

Por otra parte, el PSOE afrontaba la transición como un partido histórico capaz de recuperar el protagonismo que había perdido durante el periodo franquista a través de un liderazgo que supo calibrar las demandas del entorno político. De este modo, el PSOE encabezó en 1976 un proyecto de cambio democrático alternativo al del PCE; demostró su capacidad de negociación en el proceso constituyente; y adoptó un papel de oposición abierta al segundo gobierno Suárez. La coyuntura de las elecciones de 1982 —caracterizadas por la crisis política, social y económica que culminó en el golpe de Estado del 23 de febrero— hicieron que el abrumador triunfo del PSOE marcara la segunda etapa del sistema de partidos en España.

En tercer lugar está el PCE, el cual no cumplió con las expectativas que tenía marcadas antes de la muerte de Franco, ni fue recompensado por su moderación en el proceso de tránsito. Esto provocó una esquizofrenia interna que si bien en situación de clandestinidad se saldaba con la expulsión o salida de ciertos militantes sin romper la organización ni la disciplina, en un escenario de apertura y competencia provocó

por un lado, la fuga en masa de los cuadros más jóvenes y moderados (especialmente hacia el PSOE) y, por otro, el malestar o la escisión entre los militantes más ortodoxos.

Por último, está Alianza Popular (AP), formación encabezada por el carismático y polémico Manuel Fraga Iribarne. El ex ministro era representante de aquellos franquistas que, sin negar la ruta hacia la democracia, consideraron excesiva la legalización del PCE y se sentían excluidos en los acuerdos de la mesa constituyente. En un intento por que esta postura no identificara al partido como una agrupación de ultraderecha, en 1979 se presentó ante el electorado en la denominada Coalición Democrática (CD).¹² Si bien en el corto plazo esta apuesta hacia la progresiva moderación se tradujo en una reducción del número de escaños (de la que se benefició la Unión Nacional con un representante) su continuidad es la clave de la actual victoria del Partido Popular.

La etapa del partido de gobierno (1982-1996)

La crisis del gobierno de Suárez y su salida de la UCD para fundar el Centro Democrático y Social (CDS), propició una amplia crisis de la derecha que hasta 1989 se vería fragmentada por al menos dos partidos de nivel nacional y varias opciones regionalistas. Además, la caída de la UCD generó un nuevo liderazgo de esta tendencia en manos de la alternativa conservadora de AP, lo que propició que gran parte del voto de centro fluyera hacia el partido socialista.

La caída estrepitosa de la hasta entonces principal fuerza de derecha y la fragmentación de este espectro político contrastan con el grado de concentración que la izquierda depositó en el PSOE a expensas, sobre todo, del PCE que alcanzó un mínimo histórico de cuatro diputados.

El PSOE basó su triunfo no sólo en la concentración del voto de izquierda, sino también en la conquista del electorado de centro y los sectores más dinámicos de la sociedad (jóvenes, clase media, población urbana), con lo cual logró de modo vertiginoso una holgada mayoría de 202 diputados. A partir de 1982, Felipe González sería por 11 años presidente de gobierno y secretario general de un partido predominante que superaba el diseño institucional parlamentario con el que se construyó el régimen político en la transición. Esto marcó el final de la política del consenso que privilegiaba el trabajo en la Cámara y la participación de las principales fuerzas políticas a partir de una política de pactos, y trajo consigo una transformación de la estrategia de toma de decisión, cuya responsabilidad recaería, casi exclusivamente, en el PSOE.¹³

El hecho de que tanto la izquierda comunista como la derecha conservadora tardaran años en organizar su reconstitución explica que la segunda etapa en la composición del sistema de partidos en España tendiera hacia una estructura cuyo eje fuera el partido en el gobierno, así como la figura presidencial.

¹² Además de algunas agrupaciones regionalistas, la CD estuvo conformada también por el Partido Demócrata Popular y la Unión Liberal.

¹³ Yolanda Meyenberg, "Socialismo en tiempos de neoliberalismo", *Revista Mexicana de Sociología*, 1/96, p. 138.

Alianza Popular, pese a situarse en 1982 como la segunda fuerza electoral, nunca pudo sacudirse el estigma de la asociación de sus líderes con la dictadura; sólo el cambio en el membrete y la dirección del partido en 1989 contribuirían, de manera parcial, a la conformación de una nueva imagen. Por su parte, el PCE logró recomponerse en 1986 gracias a la capacidad de articular el bloque opositor a la entrada de España en la OTAN, lo cual dio pie al nacimiento de la coalición Izquierda Unida (IU), que llegaría a recuperar su papel de tercera fuerza política del país debido al paulatino desgaste del PSOE entre el electorado de izquierda. Por último, estos años fueron los de la estabilidad del nacionalismo y la emergencia del regionalismo, lo cual, sumado a la presencia del CDS, fragmentaría aun más el espectro de derecha.

CUADRO 5

RESULTADOS ELECTORALES EN LAS ELECCIONES GENERALES DE 1982

<i>Partidos</i>	<i>Votos</i>	<i>(%)</i>	<i>Escaños</i>	<i>(%)</i>
PSOE	10 127 392	48.34	202	57.71
AP	5 543 107	26.46	107	30.57
UCD	1 354 858	6.47	11	3.14
PCE	844 976	4.04	4	1.15
CDS	600 842	2.87	2	0.57
CIU	772 726	3.69	12	3.43
PNV	395 656	1.89	8	2.29
HB	210 601	1.01	2	0.57
ERC	138 116	0.66	1	0.29
EE	100 326	0.48	1	0.29

FUENTE: www.congreso.es/elecciones

El sistema de partido predominante tuvo su *etapa de oro* de 1982 a 1989, en coincidencia con el mejor momento de la gestión socialista, simbolizado por la entrada de España en la entonces Comunidad Económica Europea, y sustentada por un poder territorial que ocupaba la mayor parte de las comunidades autónomas y las principales capitales del país. Después, el sistema ha ido sufriendo modificaciones graduales debidas, en parte, a los cambios en las preferencias del electorado que se comienzan a hacer notar en una nueva distribución territorial del poder que progresivamente favorecía al PP, pero fundamentalmente por la presencia de lo que se podría llamar la *característica invertida* de lo que produjo su integración: la incapacidad de articular un proyecto político estable y convincente que justificara la circulación de la oposición en torno al eje de un partido predominante.

Si bien el mayor logro del PSOE fue consolidar un proyecto social y económico que permitió la convergencia de España en los parámetros sociales de la Unión Europea,

CUADRO 6
 PORCENTAJE DE VOTACIÓN Y NÚMERO DE ESCAÑOS OBTENIDOS
 EN LAS ELECCIONES GENERALES DE 1986 Y 1989

Partidos	%		Esaños	
	1986	1989	1986	1989
PSOE	44.33	39.87	184	175
AP (PP)	26.13	25.97	105	107
CDS	9.16	7.95	19	14
IU	3.83	9.14	6	17
CIU	5.05	5.07	18	18
PNV	1.54	1.24	6	5
HB	1.07	1.07	5	4
ERC (UEC)	0.62	—	1	—
EE	0.54	0.52	2	2
CG	0.40	fusión con PP	1	fusión con PP
PAR	0.36	0.35	1	1
AIC	0.33	0.32	1	1
UV	0.32	0.71	1	2
PA	—	1.05	—	2
EA	—	0.67	—	2

FUENTE: www.congreso.es/elecciones

en el ámbito político su estrategia no fue tan exitosa, por lo que se puede hablar de una suerte de falta de adaptación entre el proyecto social del partido y su proyecto político. Así, en tanto que su proyecto social se basaba en una lógica redistributiva y modernizadora, el proyecto político se veía empantanado en una lógica de concentración del poder e incapacidad de innovación, la cual llegaba a la adopción de patrones tradicionales bajo el llamado clientelismo de partido.¹⁴

Las elecciones de 1993 dan cuenta del desgaste socialista, al que se sumaron una recesión económica en esos años y el comienzo de un fuerte ataque desde los medios articulado por la oposición popular y avalado por Izquierda Unida.¹⁵ El PP se presentó bajo el liderazgo de José María Aznar, un joven político con un bajo perfil entre la sociedad pero que representaba una opción más moderada que la de los liderazgos tradicionales de la derecha, en lo que fue el inicio de consolidación de esta organización en el espectro de centro. Por su parte, IU estaba liderada por el político que en esos años aparece como mejor evaluado por la opinión pública, Julio Anguita, quien

¹⁴ José Cazorla, *El clientelismo de partido en España ante la opinión pública, el medio rural, la administración y las empresas*, Institut de Ciències Polítiques y Socials, Barcelona, 1994.

¹⁵ Fernando Jiménez Sánchez, *Una temía sobre el escándalo político. Conflictos en la esfera pública de la España del siglo XX*, Instituto Juan March, Madrid, 1994, pp. 242-337.

conquistaba el electorado de izquierda con base en los principios de honradez a los que el PSOE aparecía haber renunciado.

En 1993, el PSOE perdió la mayoría absoluta; sin embargo, fue capaz de contar con el apoyo de CIU a la hora de formar gobierno, al ser imposible un pacto con su *aliado natural*, IU, dado el grado de enfrentamiento abierto entre los socialistas y la dirigencia de la coalición. En cuanto al PP, después de la crisis de los años ochenta logró arrancarle al PSOE una parte importante de su electorado de centro, lo que suponía una plataforma de gran trascendencia para las siguientes elecciones.

CUADRO 7

RESULTADOS ELECTORALES EN LAS ELECCIONES GENERALES DE 1993

<i>Partido</i>	<i>Votos</i>	<i>(%)</i>	<i>Escaños</i>	<i>(%)</i>
PSOE	9 367 073	40.52	156	44.57
PP	7 984 473	34.12	144	41.15
IU	1 551 282	6.63	18	6
CIU	1 165 783	4.98	17	4.86
PNV	291 448	1.25	5	1.43
CC	207 077	0.88	4	1.14
HB	206 876	0.88	2	0.57
PAR	144 544	0.62	1	0.29
EA	129 293	0.55	1	0.29
UV	112 341	0.48	1	0.29

FUENTE: www.congreso.es/elecciones

Dados estos resultados, tanto el PP como IU considerarían que la táctica de enfrentamiento abierto y total al PSOE había dado sus frutos y, por tanto, sería aplicable a la legislatura, en la que los socialistas estaban en minoría. Paradójicamente, la reacción del PSOE se fundó en dos ejes programáticos (impulso democrático y lucha contra la corrupción) que implicaban romper con la dinámica de partido predominante, tanto como el cese de los ataques mediáticos, lanzados desde la oposición, con el fin de privilegiar la credibilidad institucional y la búsqueda de consensos que caracterizaron a la primera etapa del sistema de partidos.¹⁶

El alto grado de desgaste del gobierno, el clima de competencia exacerbada, así como la pervivencia de la estrategia opositora harían que la táctica socialista sólo le

¹⁶ Felipe González señaló en el debate en torno al estado de la nación del 11 de julio de 1994: “[...] asistimos a una cierta pérdida de aprecio hacia elementos esenciales del funcionamiento de la democracia. Todo ello se traduce en una crítica general y sin matices de los partidos, de la instituciones y de todos los ámbitos de la vida pública. Sin dramatizar este distanciamiento, hemos de ser conscientes de la necesidad de revalorizar la vida de los partidos y de las instituciones. Se trata de convertir al Parlamento en el centro real del debate democrático [...]”

sirviera para mantener una mínima diferencia con el PP en las elecciones de 1996, pero no para conservar el gobierno.

La actitud cauta del electorado español en 1996 hizo que la diferencia a favor del PP fuese mínima con respecto al PSOE. A continuación veremos los factores que determinaron que esta exigua victoria se convirtiese en mayoría absoluta en 2000 y las consecuencias que esto tiene al momento de comparar el diseño institucional del sistema político español con su dinámica de funcionamiento.

CUADRO 8

RESULTADOS EN ELECCIONES GENERALES DE 1996

<i>Partidos</i>	<i>Votos</i>	<i>(%)</i>	<i>Escaños</i>	<i>(%)</i>
PP	9 716 006	39.18	156	44.67
PSOE	9 425 678	38	141	40.29
IU	2 639 774	10.65	21	6
CIU	1 151 633	4.64	16	4.57
PNV	318 951	1.29	5	1.43
CC	220 418	0.89	4	1.14
BNG	220 147	0.89	2	0.57
HB	181 304	0.73	2	0.57
ERC	167 641	0.68	1	0.29
EA	115 861	0.47	1	0.29
UV	91 575	0.37	1	0.29

FUENTE: www.congreso.es/elecciones

CUADRO 9

RESULTADOS ELECTORALES ELECCIONES GENERALES DEL AÑO 2000

<i>Partido</i>	<i>Número de votos</i>	<i>% de votación</i>	<i>Escaños</i>
PP	10 230 345	44.54	183
PSOE	7 829 210	34.08	125
IU	1 253 859	5.46	8
CIU	964 990	4.20	15
PNV	351 816	1.53	7
BNG	302 726	1.32	3
CC	243 489	1.06	4
ERC	193 629	0.84	1
CHA	75 234	0.33	1
IC	118 846	0.52	1
EA	100 574	0.44	1
PA	205 733	0.90	1

FUENTE: www.eleccionesgenerales.com

2. UNA ETAPA DE CERTIDUMBRE INCIERTA. LOS GOBIERNOS DEL PP

¿Qué es lo que permite pensar que el sistema de partidos en España inició una tercera etapa a partir del triunfo del PP en 1996? El supuesto descansa en dos razones: los cambios y permanencias en los perfiles identitarios de los partidos, y los ajustes institucionales de las organizaciones políticas que ha dictado el estado actual de la competencia.¹⁷ Un tercer aspecto relevante es el lugar que ocuparon los partidos nacionalistas en la conformación del nuevo gobierno. En el apartado que sigue se hablará de las trayectorias de las tres principales fuerzas electorales para continuar con una reflexión sobre la importancia de los partidos nacionalistas en la constitución del primer gobierno de José María Aznar.

Una derecha de centro: el Partido Popular

La evolución del PP en los años ochenta se puede entender como una *diáspora* hacia el centro y la unión de la derecha. La actual mayoría absoluta de los populares se dio en tres grandes pasos en lo electoral y en la capacidad de unificación del espectro de derecha: 1982, momento en que, pese a la crisis de esta tendencia, la AP superó su marginalidad política al recoger el voto conservador de la UCD, pasando de nueve a 107 escaños en el Parlamento; 1993, año en que ninguna opción de centro-derecha compitió en el espacio nacional con el PP, y las opciones regionalistas comenzaron a coaligarse con el partido; y 2000, momento en que después de gobernar en minoría, el PP logró conquistar el amplio electorado de centro en que el PSOE sustentó sus mayorías.

Esta gradualidad en el acceso al poder del PP contrasta con la rapidez con que el PSOE alcanzó su gobierno de mayoría en 1982, lo que permitió que los populares formaran gobierno con base en una estrategia a largo plazo, y un continuado ascenso electoral que imprime una calidad diferente al proyecto popular frente al vertiginoso encuentro con el poder que el PSOE tuvo en los años ochenta.

CUADRO 10

RITMOS COMPARADOS DE AUMENTO EN ESCAÑOS EN EL MOMENTO DE ALCANZAR
LA MAYORÍA ABSOLUTA ENTRE PSOE Y PP

Partidos	1979	1982	1993	1996	2000
PSOE	+4	+81			
PP		+98	+37	+8	+47

Cuadro de elaboración propia.

FUENTE: www.congreso.es/elecciones

¹⁷ Tanto el PSOE como IU tienen permanencias o hábitos partidistas que han incidido negativamente en la definición de su imagen y las cifras de preferencia del electorado.

Se puede afirmar que el viraje de centro del PP se aceleró en 1996, de manera un tanto forzada, debido a la necesidad de emprender negociaciones con partidos políticos muy disímiles para formar gobierno: los nacionalistas. Esto es así en tanto que, más allá de matices ideológicos, el PP se había mantenido alejado del nacionalismo por una identidad marcadamente *españolista*, por la cual se había enfrentado abiertamente tanto a la CIU como al PNV en diversas controversias.¹⁸

Es cierto que la fisonomía de los representantes de la derecha en España era distinta a aquella adoptada durante la transición. Así, en el decálogo expuesto en 1990 bajo el marco del *Proyecto Popular* se mostraba la intención de deslindarse de la imagen de la derecha excluyente, intolerante e impositiva propia de la dictadura. No sólo eso, se abandonaba la lucha por “el espacio natural de la derecha” y se manifestaba la intención de captar al electorado de centro a través del reconocimiento de la pluralidad política existente en el país, el compromiso con la construcción europea, la necesidad de un nuevo estilo político basado en el diálogo, la moderación y la tolerancia; se planteaba, además, la pretensión de lograr una sociedad libre, justa y equilibrada.¹⁹

Esto, que a la letra se había expresado seis años antes, no significaba una consideración suficiente para convertirse en motivo de confianza del electorado, que esperaba a la evaluación de la primera gestión popular para desmitificar con hechos las expectativas y los recuerdos. La desmitificación se facilitaba porque detrás del gobierno de Aznar ya no estaba la antigua élite política de la derecha, sino una élite más joven, con un perfil popular y tecnocrático más accesible para el elector. Además, el PP tenía una presencia territorial casi tan amplia como la que el PSOE tuvo en los años ochenta, lo que permitía que el ciudadano evaluase su estilo de gobierno a través de los espacios locales. Por último, el PP de los años noventa era una organización capaz de aglutinar a los sectores dinámicos de la población que antes apoyaban al socialismo, especialmente a los jóvenes, a través de la agrupación Nuevas Generaciones.

La oposición ofuscada del Partido Socialista Obrero Español

Pese a que en 1992 la gestión socialista comenzaba a mostrar signos preocupantes de deterioro, que se agudizaron dada una recesión económica generalizada en toda Europa, el carácter cauto del electorado español mantuvo sus preferencias por el socialismo en las elecciones generales de 1993.²⁰ La visión de un ejecutivo obviamente agotado, de un partido con una ausencia preocupante de proyecto, y los efectos de un continuado y ríspido enfrentamiento dentro del partido y de éste con su oposición, inclinó a los votantes hacia una empresa gradual de cambio.

¹⁸ El alejamiento entre el PP y CIU se dio a partir de la crítica abierta que los populares hicieron acerca de la política de normalización lingüística efectuada desde la Generalitat, al considerarla una discriminación en contra de los hispanoparlantes de Cataluña. En lo que respecta a las relaciones entre el PP y el PNV, estuvieron marcadas por sus discrepancias en torno a la lucha antiterrorista.

¹⁹ Partido Popular, *Puntos del decálogo*, Madrid, mayo de 1990.

²⁰ En 1993 el electorado dio una última oportunidad al PSOE: el recelo por el partido se vio compensado por el voto de confianza conseguido por el presidente. Con una victoria escasa y

La matizada derrota de los socialistas en las elecciones generales de 1996 dejaba un saldo contradictorio, pero confirmaba algo que desde 1982 sufría esta opción: un lento pero continuado descenso en sus preferencias electorales. Al reforzar los liderazgos personales, tanto en el nivel nacional con Felipe González, como regional con los denominados *barones*,²¹ el PSOE se confirmaba como un partido con serias dificultades para alentar procesos de renovación interna y carente de organismos colectivos para la toma de decisiones políticas; *envejecido* en sus cuadros dirigentes, y cuyo mejor programa consistía en mirar al pasado; heredero de un gobierno que se había enfrentado a sus bases organizadas en torno a la Unión General de Trabajadores (UGT); dividido desde los años noventa en dos grandes facciones internas (*guerristas* y *felipistas*);²² y cuyos miembros más notables aparecían ante la opinión pública acusados de varios casos de corrupción que afectaron al propio presidente.²³

Los factores que marcaron la dinámica descendente del PSOE destacan:

a) *El cansancio del electorado de centro*. Si en 1996 el votante socialista persistió en su apoyo pese a los signos dictados por los numerosos escándalos de corrupción, en 2000 el escenario fue distinto. Aparentemente, el PSOE enfrentaba estas elecciones bajo tres augurios positivos: conservaba el gobierno de Andalucía, aumentó su votación (aunque tímidamente) en las elecciones municipales de 1998 y obtuvo más votos que la CIU en las elecciones catalanas pese a no conquistar con ello el gobierno de la Generalitat.

Sin embargo, una lectura detenida de los resultados de estas elecciones previas mostraban que si bien el PSOE era capaz de agrupar el voto de la izquierda ante un gobierno popular, lo que le permitía recuperar cierta presencia en espacios concretos, el electorado de centro, clave para conquistar el gobierno, seguía alejándose de una opción política que echaba por tierra sus intentos de renovación y que cada vez se veía más identificada con los sectores tradicionales de la sociedad, como la tercera edad o los espacios rurales.

b) *El fallido cambio en los liderazgos*. En la opinión pública española existe un acuerdo tácito: los triunfos del PSOE de 1982 a 1993 dependieron en gran medida del liderazgo de Felipe González, por lo que su determinación de adoptar un perfil bajo, una vez fuera de la Moncloa, es uno de los factores determinantes de la debilidad actual de la socialdemocracia española.

moderada, González tuvo ante sí la tarea de emprender una reforma en la que se corrigieran las prácticas negativas que habían llevado al deterioro de la imagen del partido: regeneración frente a la corrupción, revitalización frente al anquilosamiento, apertura, tolerancia y capacidad de diálogo frente al sectarismo. Miguel Herrero de Miñón, "Vencedores y vencidos", *El País*, 10 de junio de 1993.

²¹ Éstos son los presidentes de las comunidades autónomas de Extremadura, Jesús Ibarra, Castilla la Mancha, José Bono, y Andalucía, Manuel Chaves.

²² Las diferencias entre guerristas y felipistas estuvieron marcadas por el distanciamiento que se produjo en la década de los noventa entre el ex vicepresidente de gobierno, Alfonso Guerra, considerado líder real del aparato de partido hasta ese momento, y el presidente de gobierno, Felipe González.

²³ Julia Santos, "Fuera de la Moncloa", *El País*, 5 de mayo de 1996.

En 1998, debido a desacuerdos internos, el PSOE decidió romper con los protocolos tradicionales que dictaban como un hecho que el líder del partido sería el candidato a la presidencia e incursionó en un experimento bicéfalo al otorgar el liderazgo del partido a Joaquín Almunia y someter a la elección de su militancia la candidatura a la presidencia como parte de “un avance democrático, pero también como una expresión de la voluntad de elegir los mejores candidatos y candidatas”.²⁴

Estas elecciones internas se desarrollaron en un clima que hablaba del liderazgo tácito de Felipe González y de un claro apoyo del aparato al candidato *oficial* Joaquín Almunia. Frente a él se encontraba el ex ministro de Obras Públicas, José Borrell, político con un perfil que representaba tanto al militante de base del partido como a la modernización del mismo, y que fue capaz de vencer en las internas.

El nuevo candidato a la presidencia poseía un carisma personal y una biografía política que le hacían aparecer ante la opinión pública como el personaje capaz de sacar a flote a un partido profundamente tocado por el desprestigio y ávido de recuperar la confianza del electorado. En el partido, sin embargo, la facción *almunista* intentó por todos los medios obstaculizar su campaña, hecho que generó un mensaje de irresponsabilidad y división interna que se agudizó con la renuncia de Borrell a la candidatura en mayo de 1999. Después de todo, Joaquín Almunia competiría con José María Aznar por la presidencia.

c) El desequilibrio entre la oferta y la demanda. Al PSOE le ha costado mucho entenderse como un partido de oposición y la manera en que se concibe su actuación en el nivel interno no tiene gran coincidencia con la ponderación del electorado con respecto a la misma. Sin duda, el escaso margen con el que los socialistas perdieron las elecciones generales en 1996, su repunte en los comicios de 1999 y las previsiones dictadas por las encuestas de intención de voto en 2000 han contribuido en buena medida a esta distorsión.

Días después de la previsible derrota de 1996 el ánimo era optimista y los socialistas se autodefinían como un partido unido en torno a una dirección y a un proyecto político fundado en su carácter tolerante, modernizador y defensor del Estado de bienestar, en oposición a las propuestas neoliberales que optaban por su desmantelamiento.²⁵ Con un discurso semejante al utilizado en 1982, en el que prevalecían las buenas intenciones,²⁶ el PSOE iniciaba su retorno a la oposición; no obstante, aquello que en su momento resultó muy atractivo a la mayoría de la sociedad española al confrontarlo, catorce años después, con los saldos negativos del gobierno socialista, aparecería como retórica sin sustento.

²⁴ Véase *Reglamento de Selección de Candidatos y Candidatas a Cargos Públicos*, Comité Federal del PSOE, 21 de marzo, 1998.

²⁵ Felipe González, entrevista para *El Socialista*, abril de 1996, p.16

²⁶ En 1996 el PSOE apuntaba lo siguiente: “Queremos representar las aspiraciones de los sectores más débiles de nuestra sociedad, que siempre han apoyado las ideas del socialismo democrático. Y también queremos contar con el apoyo de los sectores más jóvenes y dinámicos de un país que afronta el futuro con un estado de ánimo diferente.

d) *El menosprecio hacia la derecha.* Los socialistas se negaron a admitir la posibilidad de que la derecha pudiera articularse bajo una organización política estable y que el liderazgo de Aznar fuera suficiente para enfrentarse a las labores de gobierno. Pensaban que la derecha en España nunca ha sido la solución, sino una fuente interminable de problemas por la miopía de sus gobiernos, y que a nivel mundial ha mostrado que no tiene soluciones, ni para recuperar la confianza de los ciudadanos en la política democrática ni para resolver los problemas sociales. El PSOE se erigía como *única* posibilidad de modernización para España y consideraba al PP como una derecha sin liderazgo ni proyecto, sin un programa público coherente, guiada sólo por el afán de poder.²⁷

La apuesta fuerte de los socialistas en las elecciones de 2000 no era por su candidato Joaquín Almunia, quien apareció como un suplente improvisado por las circunstancias, tampoco era por la oferta de un partido que ya había dado de sí en el ejercicio del gobierno. El PSOE apostaba a dos extremos de un mismo atributo, la memoria histórica y la falta de ella.

En torno a lo primero, se esperaba que los ciudadanos recordaran *un pasado* de intolerancia y brutalidad por el que la derecha dio al traste con la Segunda República (mitificada como el primer gran proyecto modernizador de España que el PSOE retomó 50 años después), así como las heroicas gestas de los años setenta en el Congreso Suresnes y durante la transición a través de la Plataforma Democrática. Es decir, se

“Tenemos vocación de transformar la sociedad y de llevar a cabo nuestras ideas desde el gobierno. Como buenos demócratas, aceptaremos trabajar por ellas desde donde lo quieran los electores. Pero nos preocupa que un hipotético triunfo de la derecha sea el primer paso para cuestionar parte de lo que hemos logrado en estos años, o para introducir de nuevo fracturas en una sociedad que ha avanzado en su cohesión y ha reducido las desigualdades entre sus miembros.

“Queremos consolidar la integración social frente a la exclusión de los sectores y grupos de población tradicionalmente marginados. Ante los cambios producidos en nuestra sociedad y en sus demandas, nos proponemos dar prioridad en mayor medida a políticas activas y participativas que combinen el Estado de bienestar con las capacidades crecientes de la sociedad civil, sus ONG y fundaciones y sus voluntarios.

“Las reglas del juego de nuestro sistema democrático necesitan ser revitalizadas bajo el escrupuloso respeto al principio de legalidad. Sin respeto a la ley no hay igualdad posible. Quienes pretenden situarse al margen o por encima de la ley sólo buscan conquistar posiciones de fuerza y de abuso de poder, incompatible con el Estado de derecho.

“Profundizar la democracia es sinónimo de más democracia política, y ésta exige un delicado equilibrio de controles y contrapesos que debe vigilarse y perfeccionarse constantemente. Además, hay que mejorar el nexo de unión entre representantes y representados, para lo cual se analizarán las posibles modificaciones de la legislación electoral. *España en positivo*, Programa electoral del PSOE para las elecciones de 1996”.

²⁷ Se señalaba en un documento interno del PSOE fechado en 1994: “[...] muchos ciudadanos se sienten alejados de sus representantes políticos y desconfían del funcionamiento de las instituciones democráticas [...] por lo que es necesario introducir en el funcionamiento de nuestras instituciones democráticas comportamientos y reformas que las doten de transparencia y que les aproximen a los ciudadanos. Es éste un esfuerzo que no cabe esperar de la derecha. O lo encabezamos los socialistas o nadie lo hará”.

esperaba que funcionase, una vez más, la identificación entre socialismo, democracia y progreso. En torno a lo segundo, que olvidaran la asociación del partido socialista con el ejercicio del gobierno y la estela de los grandes escándalos, así como 14 de años de gestión en los que el PSOE, más allá de su carácter socialista, adoptó las políticas de ajuste, no logró abatir el desempleo y tuvo diversos enfrentamientos con las organizaciones sindicales.

No sucedió ni lo uno ni lo otro, lo que muestra que los perfiles y las exigencias del electorado han variado de manera considerable: se han vuelto pragmáticos y le votan a un PP que ha conducido a España sin mayores sobresaltos económicos y políticos en los últimos cuatro años. Pese a todo, dicha estrategia logró unificar a la izquierda en torno al PSOE, lo que hace que la actual crisis de este espectro ideológico no sea tan aguda como la que vivió la derecha en los años ochenta, en tanto que ni el principal partido de la izquierda se ha desintegrado, como ocurrió con la UCD en 1982, ni la tendencia se ha fragmentado en los subsistemas regional y nacionalista, pese a la presencia del PA con dos diputados y la emergencia del BNG con tres escaños.

La descalificación del electorado en las urnas ha conducido al PSOE a una especie de *estado de la naturaleza*, en el que todas las fracciones manifiestan sin pudor sus afanes de poder, restando, una vez más, importancia al público que presencia sus desmanes. De este modo, su fracaso electoral no ha servido para reivindicar nuevos liderazgos ni plantear una renovación de sus programas, sino que ha agudizado una lucha por la conducción de las transformaciones, es decir, por la dirección del partido, entre los *barones* regionales que tienen su aval en el dominio de sus territorios más que en su carácter renovado, y las facciones guerrista y felipista, las cuales, pese a no estar reconocidas oficialmente, han fragmentado al partido por casi una década.

La oposición aniquilada: Izquierda Unida

La capacidad centrípeta que el PSOE ha demostrado tener entre el electorado de izquierda cuando existen situaciones críticas no es suficiente para explicar el derrumbe de IU en las elecciones de 2000, sino que ésta se encuentra en el propio desarrollo de la coalición. En 1986, bajo el liderazgo de Gerardo Iglesias, se lograron unir fuerzas políticas muy disímiles bajo la égida del PCE en lo que no fue tanto el efecto de un debate amplio y abierto de todas las izquierdas más allá del PSOE, sino *la reacción* de éstas ante las contradicciones entre el programa socialista de 1982 y su práctica de gobierno. Desde el principio estuvieron ausentes, o en el mejor de los casos alcanzaron una presencia marginal, los libertarios, los verdes, muchos marxistas críticos y radicales, al mismo tiempo que la identidad de la coalición se consolidaba en un perfil anti PSOE cada vez más acentuado.²⁸

²⁸ Dentro de la estructura original de Izquierda Unida la fuerza principal era el PCE seguido de una escisión del PSOE, el Partido de Acción Socialista (PASOC), y una serie de pequeñas organizaciones como el Partido Humanista o el Carlista, más un buen número de independientes, en muchos casos provenientes del propio PCE.

En el seno de la organización han coexistido dos grandes visiones respecto de su papel en el sistema de partidos, representadas por dos tipos de liderazgo muy diferentes. Conforme a la primera, IU es la izquierda digna o verdadera frente al PSOE, sin importar que ésta resulte en capacidades limitadas de acceso al electorado. Es la línea liderada por el PCE, y desde 1989 estuvo encabezada por su coordinador general, Julio Anguita, quien llegó a centralizar la vida interna de la coalición en torno a la estructura comunista en detrimento de otras organizaciones y una amplia gama de independientes adscritos a IU.

Los buenos resultados electorales que la coalición alcanzó en los años noventa hicieron que esta postura no sólo no se corrigiera sino que se acentuara, llegando a hipotizar la posibilidad de superar electoralmente al PSOE y convertirse en la organización más fuerte de la izquierda española (*el sorpasso*), más allá de que lo rígido del discurso ahuyentara al votante de centro y que el perfil anti PSOE la hiciera depender del llamado voto de castigo. Así, dentro de esta estrategia se llegó a producir una unión tácita con la derecha (*la pinza*) a la hora de alimentar los ataques mediáticos contra el gobierno socialista, y en particular contra la figura de Felipe González.

Para la segunda postura, en cambio, una de las tareas prioritarias de IU debía consistir en adaptar a la misma el mapa interno de la organización al de la izquierda extramuros, de tal manera que el objetivo fundamental era representar a las minorías excluidas del PSOE y pactar con éste con el fin de articular al conjunto de la izquierda bajo objetivos de vanguardia. Los representantes de esta opción eran políticos independientes con un perfil muy atractivo ante el electorado pero que, dada la intransigencia comunista, fueron retirando su apoyo a una coalición que cada día era más una fachada al servicio del PCE. Esto provocó: por un lado, que IU experimentara una clara deriva institucional y por el otro, que más allá de la retórica de los programas, la marginación de los nuevos movimientos sociales y de los independientes marcara profundamente el derrotero de la coalición.²⁹

Con todo y sus defectos de origen, IU lograría un apoyo satisfactorio en las elecciones generales en 1986 (4.61% del voto y siete curules en la Cámara Baja). Después, Julio Anguita lograría incrementar sus porcentajes electorales consiguiendo 17 diputados en 1989 y 18 en 1993.³⁰

Estos resultados electorales fomentaron la previsión de un crecimiento derivado de una oferta política en principio minoritaria, asentada en el voto duro y de protesta, pero que dado un empeoramiento de las condiciones estructurales y la agudización de las contradicciones del PSOE hacían que IU vislumbrara una trayectoria electoral constante. Siendo éstas las características de su elector y los determinantes del entorno, la coalición no se preocupaba por imaginar casi ninguna alternativa política y eco-

²⁹ Carlos Taibo, "IU. Lucha por el poder o sumergirse en la sociedad", *El Viejo Topo*, núm. 98, p. 14.

³⁰ Lancaster Thomas, "A New Phase for Spanish Democracy? The General Election of June 1993", *West European Politics*, vol. 17, enero, 1994, p. 185.

nómica viable, ni por asumir la tarea de traducir el malestar en una acción política en la que se contemplara el reto, así como las contradicciones de la tarea de gobernar.³¹

A esta actitud se aunaron los vicios de la vieja izquierda comunista: la autoverificación del líder y la exclusión de la disidencia observaron una réplica en la nueva organización. El afán de Anguita de encerrarse en su propio discurso educador y mesiánico, y el tajante rechazo hacia cualquier iniciativa renovadora, han fortalecido dos procesos desastrosos dentro de la coalición: la jerarquización y la consolidación de un esquema de pactos cupulares.

Otro de los afanes de Anguita fue el de establecer una clara distinción entre los planteamientos de la coalición y aquello que los socialistas desplegaban desde el gobierno. Lejos de acoger el posible proyecto de la unidad de la izquierda, que la fracción socialdemócrata de la coalición defendía, IU emprendió en la década de los noventa una política de enfrentamiento con el PSOE.

Esta estrategia de *pureza ideológica* sucumbió ante dos factores: por un lado, la gravedad de los problemas que aquejan a la organización (su nula vitalidad organizativa, su escasa capacidad innovadora en el terreno de las ideas y la precariedad de sus lazos con la sociedad);³² y, por otro, el mantenimiento de una posición anacrónica en la que la competencia política y el juego electoral pasaban a un segundo plano, y se pensaba que el crecimiento en las urnas correspondía a una labor socializadora y no al castigo que con el tiempo una parte del electorado de izquierda dio al PSOE.

Con esto, los resultados electorales del 12 de marzo no debían de significar una sorpresa para IU, cuyo descalabro estaba anunciado, pese al éxito de 1996 (21 diputados), en las elecciones municipales de 1999 al perder más de la mitad de sus votos. La coalición ha decepcionado a muchas personas, tanto a los que esperaban de ella una actitud acorde con el voto de protesta que convocaba, como a los que la vieron como una posibilidad de reconstrucción de la “casa común de la izquierda”. Izquierda Unida, de ser una de las más grandes organizaciones de izquierda no socialista en Europa, se encuentra ahora en una crisis que le será difícil remontar.

EL GOBIERNO POPULAR DEL NUEVO SIGLO

En una entrevista publicada en *El Socialista*, en abril de 1996, Felipe González expresaba: “Otra novedad de la actual situación, a diferencia de la de 1993, es que hoy se presenta una oportunidad histórica para que la derecha española comprenda la realidad plural y diversa en la que vivimos y respete los hechos diferenciales. Si la derecha entiende, por fin, ese hecho, los españoles habríamos dado un gran paso adelante, ya que habría desaparecido el problema histórico de la articulación de las distintas

³¹ Jordi Solé Tura, “Izquierda Unida y nosotros”, *El Socialista*, 27 abril de 1996

³² Carlos Taibo, “IU. Lucha...”, *op. cit.*, p. 18.

nacionalidades y regiones que constituyen España”.³³ A juzgar por los resultados electorales del 12 de marzo, la derecha entendió, o por lo menos así lo interpretó el electorado.

En 1996 los ciudadanos españoles fueron cautos en su apuesta por un nuevo gobierno, si bien el cansancio experimentado por el abuso de poder de la última fase de los gobiernos socialistas indicaba que era el momento para un cambio, el voto por la opción conservadora se rodeó de una serie de consideraciones, a saber:

El temor al autoritarismo

Pese a que la derecha española vivió una fuerte transformación en su fisonomía a finales de la década de los ochenta, la memoria de la guerra civil, y el recelo ante la repetición de un clima restrictivo semejante al vivido durante la dictadura, han sido considerados por los analistas como elementos de incidencia en la emisión del voto.

Elorza describe el fenómeno de esta manera: “El persistente miedo a la guerra civil, el desprestigio del franquismo y la conciencia de que una gran mayoría de españoles cuenta con un pasado, personal o generacional, peor que el presente, confluyeron para lograr que el mito funcione. [En 1993] Aznar y el PP representaban no sólo un retroceso transitorio, sino la amenaza de una marcha atrás irreversible en la historia de España”.³⁴

Ante la debilidad de otros argumentos, en la estrategia de campaña llevada a cabo por el PSOE en 1996, la alusión al precedente autoritario de la opción popular fue un símbolo de uso permanente.³⁵

El voto de castigo

El hecho es que el voto que llevaba al PP al poder se fundamentaba en una calificación negativa a la actuación de los socialistas, más que en una ponderación positiva acerca de la alternativa encabezada por Aznar.

En 1994, después de las elecciones al Parlamento Europeo, 81% de los españoles afirmaba que el éxito del PP en dichas elecciones se debió a fallas del PSOE y 45% manifestaban que había terminado la era del PSOE y se estaba entrando en la era del

³³ *El Socialista*, abril de 1996, p. 15.

³⁴ Antonio Elorza, “El elector ante el mito”, *El País*, 10 de junio de 1993.

³⁵ Sirva de ejemplo lo expresado por Felipe González en una entrevista a *El Socialista*: “En general, en la vida política internacional el concepto de derechas hoy es esgrimido por muy poca gente. Está ocurriendo lo que hace tiempo ocurrió con lo de demócrata, categoría que incluso los dictadores siempre se han arrogado. Recordemos que en la dictadura española se hablaba de democracia; es verdad que se le añadía el término orgánico, pero ellos decían que eran demócratas. Nadie se atreve a decir que es antidemócrata o autoritario o dictador. Con la derecha ocurre algo semejante. Hoy en día parece que no está bien considerado social y culturalmente el término derecha y todo el mundo pretende despojarse de esa categoría. Si vamos a la realidad española, la derecha, quiera o no quiera, es heredera de ¿qué derecha española?, pues de la más reaccionaria, la más dictatorial y autoritaria. Intentan quitarse el polvo de la derecha, al menos en la imagen, pero engañan a muy poca gente; *El Socialista*, 16 junio de 1996.

PP.³⁶ Es evidente que la permanencia de esta percepción se reflejó en los resultados de las elecciones generales sucedidas dos años después; no obstante, lo que entonces se especulaba era que el inicio de otra etapa dentro de la democracia no se basaba en la seguridad de una mejor actuación del nuevo gobierno, sino en el desencanto y el cansancio con respecto al viejo gobierno al que se pretendía castigar mediante el voto.

El alto valor otorgado a la estabilidad económica y política

Por tradición, el voto en España ha dependido menos de los programas y de las propuestas de campaña de los partidos que de la garantía de estabilidad que éstos pueden representar. Mantener una situación política que eliminara la incertidumbre fue sin duda una razón que antepuso el electorado al malestar generado por la crispación política de los inicios de la década de los noventa. Entonces, el voto por el PSOE se convirtió en una evasiva evaluación gubernamental de un partido con una prolongada permanencia en el poder.

La cauta apuesta de 1996 no se fundaba en las mismas expectativas. El triunfo de Aznar no se basaba, como el socialista de 1982, en el potencial de cambio del partido, y tampoco en la percepción de un liderazgo certero que en su momento tuvo Felipe González: la ciudadanía cuidó por la estabilidad a través del mecanismo de supervisión que significaba un gobierno no mayoritario en el que la oposición desempeñaría un papel determinante. En buena parte, esta decisión correspondió a las campañas negativas, en las que se pedía el voto en contra, más que el voto constructivo, en el que el dilema se encontraba entre echar a los socialistas del poder o frenar al PP. Los ciudadanos respondieron afirmativamente a ambas peticiones: acabaron con el periodo de gobierno socialista monocolor y maniataron al PP en lo que se suponía su intención de llevar a cabo un *programa oculto*.³⁷

Es evidente que, si lo había, el programa oculto fue sustituido por otro de tal eficacia que el gobierno constituido a partir de las elecciones del 2000 y su presidente disponían de un capital propio que les otorgaba la mayoría absoluta y la calificación positiva de los sectores estratégicos de la sociedad. También resulta claro que la libertad de acción se extiende a la capacidad de hacer gobierno sin establecer alianzas con otras fuerzas políticas, lo que no sucedió en el primer ejercicio popular.

El pacto con los poderes autonómicos

En 1996 Aznar se vio obligado con los nacionalistas vascos y, en especial, con los catalanes, pese a que durante la campaña electoral los líderes de la derecha no habían

³⁶ "Demoscopia", *El País*, 3 de junio de 1994.

³⁷ *El País*, 8 marzo de 1996, p.13.

preparado convenientemente el terreno para el diálogo con la CIU, a la que habían hecho objeto de severas críticas por su alianza con los socialistas.

En su discurso de investidura, Aznar incluyó tres asuntos básicos como propósitos para la legislatura: apoyo a los gobiernos autonómicos y la reforma del sistema de financiamiento de las comunidades; el impulso de la economía y la convergencia con Europa, y el compromiso de mantener el *pacto de solidaridad* iniciado por los socialistas en favor de la garantía de la universalidad de la educación, la salud, las pensiones y la protección social.

Lo más notable del discurso fue su tono autonomista, con continuas alusiones a la concertación con las comunidades autónomas de las políticas sociales. Los pactos con los nacionalistas se presentaron como algo conveniente en sí mismo, al margen de que lo exigieran los resultados electorales. Pero hubo sobre todo un reconocimiento explícito del acierto del título VIII de la Constitución y de la lógica del reconocimiento del pluralismo nacional que implicaba. Ese reconocimiento puede, tal vez, considerarse como la incorporación retrospectiva del conservadurismo español, a través de la generación de Aznar, al consenso de 1978 en torno a la autonomía.

El pacto del PP con los nacionalistas catalanes y vascos, y con el regionalismo canario, empujó al Estado de las autonomías hacia una dirección más competitiva que cooperativa. El cumplimiento de los acuerdos que permitieron a los populares formar gobierno resultaron una permanente demanda de un mayor reparto territorial de recursos y una mayor simplificación administrativa, rodeada por una limitada cooperación institucional.

Los resultados de las elecciones de 2000 permiten contemplar una forma diferente en la relación entre el gobierno y los poderes autonómicos. Ya en 1999, los nacionalistas catalanes habían recibido un serio correctivo en los ayuntamientos en beneficio de los socialistas, y la coalición vasca PNV-EA tuvo menos apoyo en favor de la coalición radical de Euskal Herritarrok (antigua HB). Los porcentajes del 12 de marzo (22 asientos en la Cámara contra los 183 del PP) confirman una tendencia a la baja que debilita la relación de estos partidos con el centro.

La mayoría absoluta del PP se acompañó de un nuevo estilo del presidente para negociar con los gobiernos autonómicos. En términos generales, lo que se ve por ahora es una estrategia de alianzas entre opciones políticas muy diferentes, definida a partir de experiencias previas de colaboración y de la intención de aprovechar los resultados electorales.³⁸

³⁸ Los resultados de la reunión del 23 de marzo entre los firmantes de la Declaración de Barcelona mostraban una disposición más plural que en los encuentros anteriores. La retórica, y lo diverso, la política: la de alianzas fue su sello. Las que practica o propone cada uno de los firmantes —CDC, Unió, PNV, BNG—, no sólo son diferentes, sino difícilmente compatibles entre sí. Así, mientras que los gallegos del B G apuestan por una alianza de izquierda y tienen ya en los municipios al PSOE como principal socio, el PNV se mantiene en el terreno del frente nacionalista, aunque tratando de atraer a los socialistas para aislar al PP. Por su parte, tanto Convergencia como Unió —es decir, Pujol— se muestran receptivas a los guiños del PP. Si política significa ante todo política de alianzas, es difícil articular una estrategia

En términos particulares, en el contacto con Convergencia i Unió, al parecer, se han invertido los papeles. Los nacionalistas catalanes quisieran mantener su incidencia en la política general española, pero saben que en Madrid ya no se les necesita. En cambio, ellos sí necesitan el apoyo del PP para mantener su precaria mayoría, especialmente para poder sacar adelante sus presupuestos. Esto exige necesariamente un replanteamiento de la naturaleza de esta sociedad de auxilios mutuos. Aznar puede dar sus votos a Pujol, pero el apoyo que ahora puede éste ofrecer a cambio sólo tendría un impacto simbólico.³⁹

El estilo personal de gobernar

Santos Juliá afirma que Aznar es el primer presidente que ha logrado avanzar desde un gobierno en minoría y con obvias hipotecas a un gobierno estrictamente presidencial.⁴⁰ La pregunta que cabría hacerse es: ¿cómo han influido ambas situaciones en la formación de su gobierno?

En 1996, Aznar tuvo que tocar muchas puertas y hacer ofertas a mucha gente, lo que se reflejaría en la composición de su gabinete. En 2000 sus compromisos terminaron y finalmente propone un gobierno en el que sólo él eligió enteramente a sus colaboradores.

Hay indicios que permiten entender este giro en las circunstancias del presidente, uno de ellos es el manejo de su relación con el partido. Aznar no ha permitido la consolidación de un líder con una base propia ni en el partido ni en el gobierno; la aspiración de algún dirigente del Partido Popular de replicar el modelo de los socialistas, en el que se abrieron dos polos de poder⁴¹ se ha visto enfáticamente neutralizada a partir de una clara distinción de funciones y de mecanismos de control.

En la calificación del estilo personal de gobernar se refleja un político más preocupado por aparecer como un buen funcionario que como un líder carismático, lo cual no obsta para que Aznar haya demostrado poseer un formidable sentido del poder.

Hasta ahora ha manejado sin obstáculos la dirección efectiva del partido e inicia su nuevo mandato con una previsión que garantiza el futuro de la organización, más que del actual presidente. Muestra de esto es la conformación de un gabinete de centro con un perfil más moderno que el anterior y con el anuncio de un liderazgo acotado en el tiempo que se manifiesta en su intención de no participar en la contienda por un tercer periodo presidencial.⁴²

común partiendo de opciones prácticas tan diferentes. "Los nacionalistas", *El País*, 26 de marzo de 2000.

³⁹ *El País*, 26 de marzo de 2000.

⁴⁰ Santos Juliá, "Un Gobierno del Presidente", *El País*, 30 de abril de 2000.

⁴¹ El del gobierno bajo la cabeza de Felipe González y el del partido controlado por Alfonso Guerra.

⁴² Santos Juliá "Un Gobierno del Presidente", *El País*, 30 de abril de 2000.

Sin embargo, no todo en Aznar es cálculo racional y sentido del poder, su personalidad es también la de un político al que le tientan los abusos de autoridad. Cabe recordar que el primer gobierno popular ha terminado con algunos saldos dudosos: la falta de transparencia en las privatizaciones, *perversión* de la Ley de Acompañamiento de los presupuestos, la manipulación de la televisión pública, la evasión de la normatividad en el caso Sogecable son ejemplos que ilustran el argumento. ¿Se podría esperar que ahora, con mayoría absoluta, el PP *vaya a más*, y que tal tendencia será tanto más acusada cuanto más débil sea la oposición?⁴³ La respuesta tendrá que esperar algún tiempo.

Lo que parece que también tiene que ser mirado con paciencia es la solución al problema del terrorismo en el País Vasco. Ante el desconocimiento de los pactos de Ajuría Enea (suscritos por las fuerzas democráticas vascas) y de los pactos de Lizarra (suscritos por los partidos nacionalistas e Izquierda Unida) para lograr la paz y la estabilidad en el País Vasco, en diciembre de 1999 el control de la violencia desatada por la ETA se mantiene como un tema primordial y pendiente en la nueva agenda presidencial.

Aznar inició esta nueva gestión de frente a tres grandes retos: mantener en rumbo la bonanza económica, intentar arreglar el difícil conflicto del País Vasco y crear las condiciones dentro del PP para que su sucesión no desate conflictos. Lo que queda por evaluar es si se administra con la pericia y la cautela que caracterizaron a su primera experiencia como presidente en condiciones mucho menos privilegiadas.

CONCLUSIONES

Las elecciones generales del 12 de marzo marcan una nueva etapa en la democracia española en la que se refleja una síntesis de ensayos y depuraciones que permiten hablar de un proceso gradual de maduración política y establecer una evaluación de la coherencia entre el diseño institucional y los mecanismos de representación.

En un sentido, la maduración política española se observa en lo que se podrían llamar encuadres naturales entre las dinámicas nacional, regional y nacionalista que se expresan en la sosegada convivencia de la pluralidad de intereses, tendencias y peculiaridades territoriales existentes en el país. La evolución de las tendencias electorales muestra ajustes derivados de la convivencia en una diversidad de espacios marcados por distintas tradiciones culturales, prácticas políticas y estilos de comunicación entre los ámbitos público y privado.

En otro sentido, las elecciones marcan la definición de una competencia que obliga a los partidos a redoblar sus esfuerzos ante un electorado más adiestrado y más

⁴³ "Aznar", *El País*, 30 de abril de 2000.

exigente. Hoy cada voto es producto de una oferta convincente, de la imagen de un partido sólido en su interior y capaz de cumplir con sus responsabilidades acotadas a la gestión pública.

En cuanto al resultado mismo de la elección, éste indica la existencia de una ciudadanía muy diferente de aquella que miraba los cambios políticos de 1977 con un miedo y un escepticismo provenientes de la memoria histórica del resultado de una guerra civil que puso de manifiesto la polarización y la intolerancia propias de una sociedad poco sofisticada. También diferente de aquella que en 1982 depositó en el PSOE, de una manera un tanto ingenua, todas las aspiraciones de participación política refrenadas durante más de 40 años.

El votante español es hoy cauteloso y pragmático, así lo muestra la diferencia porcentual de votos otorgados al PP entre 1996 y 2000. El primer triunfo popular estuvo teñido de candados para el gobierno, la fuerte presencia de la oposición en el Parlamento y el papel protagónico desempeñado por los representantes de los poderes autonómicos indican mesura en el ensayo de una alternancia en el gobierno. Este segundo triunfo, en cambio, parece indicar un voto de confianza para un presidente que ha cumplido con las expectativas de la ciudadanía.

Otro reflejo del pragmatismo es lo que se busca en la personalidad de un líder, si hasta hace 10 años el carisma y el don de mando eran suficientes, ahora lo primordial es la congruencia, la eficiencia y la eficacia. En este sentido, si la elección de Felipe González se basó en una euforia colectiva en la que intervinieron posturas ideológicas, mitos políticos y promesas de cambio, la elección de Aznar se basó en la ponderación racional de los beneficios y en el carácter predecible de los rumbos de gestión.

Un indicador adicional del cambio en la ciudadanía es su capacidad de otorgar premios o castigos de acuerdo con un parámetro de utilidad política; así, en este proceso, los partidos inútiles en términos de la dinámica social prevaleciente, como Izquierda Unida, fueron prácticamente ignorados por los votantes.

Por lo que respecta al ejercicio de gobierno, se observan también variaciones importantes. Si en la etapa del partido de gobierno la toma de las decisiones giraba principalmente en torno al presidente, a partir de 1996 lo hace alrededor de la estabilidad que el programa y la gestión del partido pueden garantizar.

En la evaluación de la coherencia entre el diseño institucional y los mecanismos de representación se encuentra una tensión producida por la existencia de un sistema de representación proporcional dentro de una estructura partidista que tiende, en momentos, a una situación de predominio de un partido. Dos preguntas quedan abiertas: ¿si esto no reflejará una permanente situación de suma cero a favor de las fuerzas electorales con mayores porcentajes de votación?, y ¿si de esta manera no se está sustituyendo *de facto* un sistema parlamentario por una dinámica presidencialista?

España ingresa a esta nueva etapa de su democracia con indicadores muy positivos, pero no impecables, de la condición en la que quedan los partidos después del proceso electoral y los retos del actual gobierno. Los partidos perdedores tendrán que emprender un proceso de evaluación y reforma interna que los colocará en una posi-

ción de desventaja en la competencia y puede derivar en la reproducción del fenómeno de partido de gobierno. Por su parte, Aznar tendrá que demostrar que en este inicio de una nueva etapa en la democracia española no se repetirán los vicios, los errores y las omisiones de estadios anteriores.